

VALDIVIESO DE PABLO DE SANTIS

Durante diecisiete años trabajé como viajante de comercio recorriendo la zona sur del país. Vendía repuestos de maquinarias Thompson: partes de tractores, inyectores, bombas de agua, grúas. Llevaba conmigo catálogos de mil doscientas páginas que mostraba con orgullo a mis clientes: me sentía parte de la gran familia Thompson.

A pesar de que cuanto más al sur iba, menos clientes encontraba, prefería seguir avanzando con mi Rambler en esa dirección. Ningún otro viajante se aventuraba hasta allá abajo. Yo quería llegar hasta el fondo del mapa, hasta la misma Valdivieso.

Seguí con cuidado las indicaciones del camino hasta un páramo donde encontré, por fin, el cartel con el nombre del pueblo. Pero no había ningún pueblo. Unas ovejas pastaban cerca de una osamenta; un perro me ladró sin ganas y después se perdió en la gruta que llevaba hacia la mina de carbón.

Decepcionado, inicié el camino de regreso. A cien kilómetros encontré un hotelito construido en medio de la nada. En la barra de estaño un camionero tomaba una cerveza. Supuse que conocería bien la zona. Le hablé del cartel, del pueblo evaporado. Se rió.

—Usted llegó hasta las puertas de Valdivieso, pero no miró bien.

—¿Detrás de los cerros?

—No. Bajo sus pies.

Me explicó que las minas eran tan profundas que los mineros, para no perder tiempo en volver a la superficie, se habían instalado bajo tierra. Pronto se agregaron oficinas, una sala de primeros auxilios y una capilla.

—Son gente rara —dijo el camionero—. Salen muy de vez en cuando. Están orgullosos de su pueblito y por eso no les gusta el exterior.

Se acercó el dueño del hotel:

—Dicen que Valdivieso ha crecido mucho. Que es una verdadera ciudad.

El camionero terminó su cerveza.

—Yo por las dudas sigo de largo. Mucha gente que visitó el pueblo por curiosidad, se quedó a vivir allí.

—Como Ramón —recordó el del hotel—. Como el cabo Luna, como el médico. De ninguno volvimos a tener noticias.

—Como si se los hubiera tragado la tierra —dijo el camionero antes de seguir su camino.

Pedí un cuarto y me fui a dormir con la decisión de visitar el pueblo el día siguiente. Podría venderle algunos de los cien modelos de linternas Thompson. Pero apenas desperté abandoné la religión y nunca volví a Valdivieso.

© Pablo de Santis
En **LOS SIGNOS**,
de Editorial La Página S.A.
Publicado por Página 12.

FUEGO DE JUAN FILLOY

Compadrito y audaz, ahí va Rickie. Chomba celeste y pantalón vaquero. Patillas en forma de reja de arado y profusa melena casi enrulada sobre la nuca. Con porte insolente, que parece dueño del mundo, ahí va Rickie.

Salió del Bar Tokyo en dirección al Oeste por la calle San Martín. A pocos pasos abrió el paquete de Parliament que tenía en la mano. Después de encender un cigarrillo, alguien caminando apurado golpeole el codo haciendo caer su caja de fósforos de palo.

—Perdone, amigo, fue sin querer.

Expeliendo con moroso fastidio la primer bocanada, lo miró de arriba a abajo y, abruptamente, crispado de ira, pateó la caja sembrando de palitos la vereda.

Dos cuabras después, detenido a charlar con un compinche vendedor de frutas, quiso encender otro cigarrillo.

—¿Tenés fósforos?

—No.

Sin decir nada, la faz atribulada por rictus de impaciencia, escrutó uno a uno a los hombres que pasaban. ¡Al fin venía uno fumando!

—Deme fuego ¿quiere?

—Con mucho gusto —y le extendió el pucho para que encendiera.

La respiración del humo rubio pareció borrar balsámicamente su fastidio.

Como no agradeció el favor, el hombre que lo hizo se lo recordó con sorna:

—Gracias...

Y acentuando la misma, agregó:

—Tenga también la caja. Es la suya. Yo recogí los fósforos del suelo...

—¡Ah, sí! —farfulló.

Y arrebatándose la brutalmente, brutalmente la estrelló en medio de la calle.

—Vaya, recójala otra vez...

© Herederos de Juan Filloy
En **GENTUZA**,
de Editorial El cuenco de plata.



El Jinete en un cubo

De Franz Kafka

Consumido todo el carbón; vacío el cubo; no tenía sentido la pala; la estufa fría; la habitación llena de un aire helado; tras la ventana los árboles ateridos; el cielo parecía un escudo de plata para quien necesitara su ayuda. Necesito conseguir carbón; no debo congelarme todavía; despiadada la estufa detrás de mí, ante mí el cielo igualmente despiadado; por consiguiente debo cabalgar fieramente entre ambos y en el medio a pedir ayuda al carbonero; pero él ya es insensible a mis pedidos habituales; debo probarle en forma totalmente convincente que ya no tengo el más diminuto polvo de carbón, y que, por lo tanto, él sería para mí lo que el sol en el firmamento. Tengo que llegarme como el mendigo que, muerto de hambre, quiere expirar ante el umbral, y a quien por eso la cocinera de los señores se decide a dejarle gotear en los labios la última gota de café; de la misma forma que el carbonero, furibundo pero iluminado por el mandamiento "no matarás", echará en mi cubo una palada llena de carbón.

Mi solo despegue debe ser decisivo por sí solo, por eso voy cabalgando en un cubo. Jineteando en el cubo, la mano arriba en el asa -la más simple de las bridas- me muevo con dificultad escaleras abajo; pero allí mi cubo asciende, magnífico, magnífico; jamás camello alguno, después de haber estado echado en tierra, se ha levantado más hermosamente sacudiéndose bajo el bastón del guía.

A trote parejo vamos por la calle helada; muchas veces encuentro que me he elevado hasta la altura del piso; bajo hasta la puerta de calle, y ante la puerta del negocio del carbonero floto extraordinariamente alto, mientras él muy abajo está encorvado ante su mesita y escribe; ha abierto la puerta para dejar salir el calor excesivo.

—¡Carbonero! —grito, envuelto en las nubes de mi aliento y con voz cavernosa y quemada por el frío—. ¡Por favor, carbonero, dame un poco de carbón! Mi cubo está ya tan vacío que ya puedo cabalgar sobre él. Sé bueno. ¡No bien pueda te lo pago!

El carbonero se llevó la mano al oído.

—¿Oigo bien! —pregunta por sobre el hombro a su mujer, que teje sentada junto al hogar—. ¿Oigo bien? ¿Es un cliente?

—No escucho absolutamente nada —dice la mujer, respirando tranquilamente por arriba de las agujas de tejer, con la espalda agradablemente caliente.

—¡Oh, sí! —grito—. ¡Soy yo! Un cliente antiguo y leal, pero por el momento sin recursos.

—Mujer —dice el carbonero— creo que; es alguien; tanto no puedo equivocarme; tiene que ser un cliente antiguo, muy antiguo, para que pueda tocarme así el corazón.

—¿Qué tienes, hombre? —dice la mujer, y descansando un momento aprieta el tejido contra el pecho—. No es nadie. La calle está vacía. Toda nuestra clientela está ya bien provista. Podemos cerrar el negocio por algunos días y descansar un poco.

—Pero yo estoy sentado aquí sobre el cubo —grito, mientras me caen algunas lágrimas insensibilizadas por el frío—. ¡Por favor, miren acá arriba! Me verán enseguida. Pido solamente una pala de carbón; si me dieran dos me harían más feliz todavía; total, todos los otros clientes están ya previstos. ¡Ah, si pudiera oírlo ya caer en el cubo!

—Ya voy —dice el carbonero, y con sus cortas piernas quiere

subir por la escalera del depósito. Pero la mujer lo alcanza, lo retiene de un brazo y le dice:

—Tú te quedas aquí. Si no desistes de tu tozudez seré yo quien suba. Recuerda la fuerte tos que tuviste anoche... Pero por un negocio, así sea solamente imaginario, te olvidas de tu mujer y de tu hijo y sacrificas tu salud.

—Entonces, dile todas las clases de carbón que tenemos en el negocio, yo te iré cantando los precios.

—Bien —dice la mujer y sube a la calle.

Naturalmente, enseguida me ve.

—Señora carbonera —digo yo—. Mis respetuosos saludos. Solamente necesito una palada de carbón, aquí nomás en el cubo; yo mismo lo llevo a casa; una palada del peor; por supuesto que voy a pagar todo, pero no enseguida, no enseguida.

—¿Qué teñido de campanas son estas dos palabras "no enseguida"? ¡Y qué fascinadamente las mezcla usted con el toque de ángelus que justamente ahora se deja oír desde la torre de la iglesia vecina!

—¿Qué quiere, entonces? —exclama el carbonero.

—Nada —contesta la mujer—. Te digo que no es nada. No oigo nada; únicamente que están dando las seis, ya nosotros podemos cerrar. Hace un frío terrible. Mañana probablemente tendremos mucho trabajo.

Ella no ve ni oye nada, pero, sin embargo se desata el delantal e intenta ahuyentarme con él. Lamentablemente, lo consigue. Mi cubo tiene todas las ventajas de una buena cabalgadura; sólo le falta capacidad de oposición; es demasiado liviano; un delantal de mujer lo hace salir disparado.

—¡Mala! —le grito, mientras ella, volviéndose al depósito, un poco despectiva, un poco satisfecha, da un manotazo al aire—. ¡Mala! ¡Te pedí una palada del peor y no me la diste!

Y así diciendo me elevo a las regiones de las cordilleras de hielo y me pierdo de vista para siempre.

Franz Kafka (1883-1924)

EL BESO de Anderson Imbert

La reina de un remoto país del norte, despechada porque Alejandro el Magno había rechazado su amor, decidió vengarse. Con uno de sus esclavos tuvo un hijo y la alimentó con veneno. La niña creció, hermosa y letal. Sus labios reservaban la muerte al que los besara. La reina se la envió a Alejandro, como esposa; y Alejandro, al verla, enloqueció de deseos y quiso besarla inmediatamente. Pero Aristóteles, su maestro de filosofía, sospechó que la muchacha era un deletéreo alimento y, para estar seguro, hizo que un malhechor, condenado a muerte, la besara. Apenas la besó, el malhechor murió retorciéndose de dolor.

Alejandro no quiso poner sus labios en la muchacha, no porque estuviera llena de veneno, sino porque otro hombre había bebido en esa copa.

© Anderson Imbert, Enrique, "El beso",
en El gato de Cheshire,
Cuentos 2, Obras Completas, Buenos Aires, Corregidor,
1999, págs. 174-175.

Infantiles

La última palabra de Silvia Schujer

Cuando empecé a escribir esta historia no me di cuenta de lo que me iba a pasar. Tal vez porque cuando uno agarra la lapicera y la apunta hacia el papel en blanco para escribir un cuento (por ejemplo un cuento), no siempre sabe todo lo que va a contar.

A veces sabe muy poco.

Es más, a veces no sabe nada.

No era éste el caso, de manera que lo que me ocurrió (mejor dicho, lo que me iba a ocurrir a poco de iniciar esta historia) verdaderamente me sorprendió. ¿Cómo iba yo a imaginar -a pensar siquiera- que teniendo las ideas tan claras como las tenía, podía faltarme una palabra? La última, para ser más exactos.

Porque precisamente en el párrafo anterior fue eso lo que descubrí: que me faltaba la última palabra.

Claro que, como recién estaba llegando a la mitad, no me preocupé demasiado.

Pensé: "se me debe haber escapado", "ya va a volver", "las palabras son así", "van y vienen a su antojo".

Entonces seguí escribiendo como si nada. Bueno, como si nada grave pasara. Y escribí lo que sigue, al principio con la

esperanza de que la última palabra viniera sola y después buscando por todas partes sus posibles escondites.

Intenté empezar de nuevo para ver si la última se me había quedado enganchada con alguna de las primeras palabras. Puse en letra grande: CUANDO EMPECE A ESCRIBIR ESTA HISTORIA NO ME DI CUENTA DE LO QUE ME IBA A PASAR. Mejor dicho, de lo que ya me había pasado. Porque miré fijo letra por letra, leí en voz alta para ver si de la punta de la lengua me brotaba algo, y nada.

Entonces me fui al diccionario. De la A a la Z revisé todas las palabras metidas ahí adentro, y por más que algunas me parecieron hermosas -"clepsidra", por ejemplo- ninguna resultó ser la última palabra de mi cuento.

Ahí nomás entré en pánico. ¿Cómo iba a ser el final? ¿Cómo podría terminarse alguna vez esta historia si su última palabra no estaba? ¿Significaba todo esto que tendría que seguir escribiendo sin pausa, hora tras hora, día tras día hasta que a la última palabra se le diera por aparecer?

Empecé a imaginarme cosas horribles. Que se me acababa la tinta, luego las lapiceras y tenía que pincharme un dedo para seguir escribiendo con sangre. Que se me terminaban los papeles, los cuadernos, las resmas... y tenía que seguir escribiendo en las paredes primero y en las veredas después. Bajo la lluvia o al rayo del sol. Entre las pisadas de la gente que a lo mejor borraba con la suela mis historias.

Fue entonces cuando decidí poner punto final en cualquier parte. Donde quedara mejor. Donde las ideas dijeran "basta", "hasta aquí llegamos". Donde los lectores empezaran a bostezar o a poner cara de desesperación. O a dudar sobre si ellos también podrían quedar atrapados adentro de una historia a la que siempre -por los siglos de los siglos- le habría de faltar la última.

Extraído del texto *Puro huesos*,
(Editorial Primera Sudamericana)

Para dormir a orillas del mar

En el mar de tu pelo
navega un peine,
con la ola que hace
mi amor se duerme.

A la mar por ser honda
le estoy pidiendo
que se duerma este niño
que estoy meciendo.

Nana tradicional española.

Coplita (para cantar)

Las palomitas del campo
nacieron para volar.
Mi corazón nació libre
y alegre para cantar.



Ilustraciones María Eggers * Compiladora: Margarita Eggers Lan